



Felipe Santos, SDB

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,39)

Dios lleva a todos los seres humanos en su corazón. No se puede amar solo a Dios, sin amar a los hermanos. Las dos realidades pertenecen a la misma moneda. No seas una persona distinta cuando estás con Dios que cuando estás con los demás. Lo que eres ante tus semejantes, eso eres ante Dios.

Cuando voy a tu encuentro, Señor, Tú me señalas a los demás. Cuando miro a los pequeños, ellos me señalan tu corazón.

Jesús ha dejado sin palabras a los saduceos, y los fariseos creen ahora que ellos sí podrán hacerlo callar. Por lo menos se sienten a punto

de poner en entredicho el valor de sus enseñanzas; y para ello utilizan su instrumento más querido: la Ley.

Al responder a sus adversarios, Jesús rescata el verdadero sentido de la Ley; pero al mismo tiempo rescata al ser humano, a la persona, que no puede estar por debajo de ninguna ley. Ya él mismo lo había expresado: “*no se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre*”; para decir con ello que el ser humano tiene que estar por encima de todo orden y de toda ley. De este modo, Jesús combina Deuteronomio 6,5 con Levítico 19,18 , donde Dios y el prójimo se convierten en el eje fundamental de toda experiencia histórica de humanización.

Sería bueno revisar en nuestro contexto actual ese binomio persona-ley; orden-sociedad. Con la mano en el corazón debemos reconocer que

muchas veces, por hacer valer un precepto o un mandato, se nos olvida quién está en el centro de toda preocupación y de todo orden: el ser humano tal como Jesús lo concibe.